

# COMUNIÓN CON DIOS, COMUNIÓN CON LOS HOMBRES. EL ITINERARIO ESPIRITUAL SEGÚN DOROTEO DE GAZA

*Lisa Cremaschi*<sup>1</sup>

## **Doroteo discípulo de dos grandes Padres**

¿Quién era Doroteo, este monje “imitador del manso y humilde” (cf. Mt 11,29), como lo define la carta que acompaña sus *Obras*<sup>2</sup>?

Originario de Antioquía, Doroteo, nacido al comienzo del siglo VI, provenía de una familia acomodada. Había recibido una sólida formación humana y cristiana. Él mismo relata que, antes de entrar en el monasterio, su única pasión era el estudio, hasta el punto de hacerle olvidar tomar su alimento. Hacia el año 525 entra en el monasterio de *Abba Séridos* de Tavata, en el desierto de Gaza, monasterio que se hizo célebre por la presencia de dos grandes Padres espirituales que vivían en total reclusión: el anciano Barsanufio, llamado el Grande, y Juan, llamado el Profeta. Los dos reclusos ejercían un servicio de paternidad espiritual sobre muchos cristianos, pero también sobre el mismo Séridos y sobre Doroteo,

---

1 La Autora pertenece a la Comunidad Monástica de Bose (Magnano, Italia). Este artículo es una conferencia dada el 28 de octubre de 2019 en el ámbito de la *Escuela de cultura monástica* del Monasterio San Benedetto de Milán. Fue publicado en *Ora et Labora* LXXV-1 (enero-junio 2020), pp. 59-73. Agradecemos a la Autora y a la Revista por el permiso de publicación. Tradujo Hna. Ana Laura Forastieri, oeso (Monasterio Madre de Cristo, Hinojo, Pcia. de Bs. As., Argentina).

2 Cf. “Carta de envío de las obras de Doroteo de Gaza”, 1 (en adelante: Carta de envío) en: *Obras de Doroteo de Gaza. Conferencias, cartas, apotegmas. Introducción y notas: Fernando Rivas osb*, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, ECUAM-Agape Libros, 2019, 45 (Col. Fontes, 14). En adelante: *Obras*, seguido de número de página. Para las citas de Doroteo y la transcripción de los nombres propios se utiliza esta versión [N.d.T.].

que servían de intermediarios entre aquellos y quienes los consultaban para recibir su consejo. Doroteo será primero el secretario de Juan el Profeta; luego estará afiliado a la hospedería y a la enfermería del monasterio, y más tarde, será asociado a Séridos en la conducción de la comunidad. Después de la muerte de este último, fundará un nuevo monasterio entre Gaza y Maiuma. Ya han muerto sus padres espirituales y tal vez ha crecido la oposición a su persona dentro de la comunidad. Tanto las cartas de Barsanufio y Juan, como la *Vita* de Dositeo y las conferencias de Doroteo, nos dejan entrever que, dentro de la comunidad de Tavata, había una fuerte tensión entre dos ideales de vida monástica: uno de tipo más anacorético y el otro cenobítico, interpretado por Doroteo.

No tenemos mucha más información sobre la vida de Doroteo; lo poco que sabemos deriva de la *Vita* de Dositeo y de los recuerdos autobiográficos dispersos en las conferencias del mismo Doroteo. Sin embargo, el monje que escribe la carta que acompaña sus escritos, nos deja un breve retrato espiritual:

Tal era el bienaventurado Doroteo, guiado por Dios en su vida monástica, tal fue la vida que adoptó, conforme a su meta (*scopós*): con los Padres, la mayor renuncia a las cosas materiales, la sumisión sincera según Dios, la transparencia y la apertura de alma, la delicadeza de su conciencia y, sobre todo, la espontaneidad de la obediencia “con sabiduría”, apoyada en la fe, y hecha perfecta por la caridad; hacia sus hermanos, sus compañeros de ascesis, veneración y afabilidad, sin orgullo ni familiaridad, sobre todo huyendo de las sospechas, de la curiosidad indiscreta y las rivalidades, lo que es la raíz de una religiosa bondad y la madre de la concordia más dulce que la miel; hacia los trabajos, el celo, la prudencia, la calma unida a la ponderación, marcadas por la firmeza de su carácter; con las cosas materiales, el cuidado, el respeto, el amor a lo bello (*filocalía*), pero sin frivolidad, todo ello con un discernimiento divino; ante todo y sobre todo, la humildad, la acción de gracias, la magnanimidad, la constancia, la vigilancia y la interioridad<sup>3</sup>.

Al entrar en el monasterio, Doroteo profundiza su formación humana y cristiana; nutre su vida espiritual con el estudio y la meditación de las Escrituras y de los escritos de los Padres. Acoge la Palabra de Dios con amor y veneración, hasta llegar a hacer de ella su pan cotidiano y traducirla día tras día, durante

---

3 Carta de envío, 5; *Obras*, 48.

toda su existencia. En sus conferencias resuena esta familiaridad suya con la Escritura: son continuas las citas, las alusiones, las resonancias del texto bíblico; e incluso allí donde no hay citas explícitas, su lenguaje prolonga el de la Escritura. Frecuentemente, sus discursos son verdaderos y propios comentarios de versículos bíblicos<sup>4</sup>. Dentro de la Biblia, el libro que cita más a menudo es el Salterio. En la tradición monástica antigua, los salmos se aprendían de memoria, se rezaban y recitaban durante las horas de trabajo. Pero junto a las numerosísimas citas de salmos, hay alusiones a los Evangelios, en particular al Sermón de la Montaña de Mateo, y a las cartas del apóstol Pablo. Además de la Escritura, Doroteo está formado en las obras de los Padres de la Iglesia, sobre todo de los llamados Padres del Desierto, editados poco tiempo antes, precisamente en Palestina, quizás en la misma región de Gaza<sup>5</sup>, y en los escritos de otros Padres del monacato. Demuestra conocer también las obras de los grandes Padres de la Iglesia antigua, en especial la de los tres capadocios: Basilio, Gregorio de Nisa y Gregorio de Nacianzo.

De su correspondencia con sus Padres espirituales, Barsanufio y Juan, y de los recuerdos autobiográficos dispersos aquí y allá en sus conferencias, emerge la figura de un hombre de temperamento sensible y delicado, que, aun siendo frecuentemente indeciso, escrupuloso, titubeante, busca verdaderamente al Señor y se deja guiar humildemente en un camino de maduración humana y espiritual. Se le pide un éxodo de sus pensamientos, una entrega de sus dudas, de sus indecisiones, en la apertura del corazón, hasta adquirir solidez y discernimiento. Pero es un camino que conoce estancamientos, pruebas y traspies.

Por un lado, Doroteo quisiera vivir radicalmente el Evangelio y poder decir también él al Señor, como los apóstoles: *Mira que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido* (Mt 19,27); por otro, tiene miedo, y retiene una parte de tierra para su manutención<sup>6</sup>. Barsanufio no lo reprueba<sup>7</sup>, sino que, con sus palabras, hace de espejo a sus sentimientos, lo ayuda a leerse, a conocerse: “Tú quieres

---

4 La Conferencia IV,47-60, por ejemplo, es una larga meditación de un versículo de san Juan: *El amor perfecto echa fuera el temor* (1 Jn 4,18), explicado y comentado a la luz de toda la Escritura en una verdadera y propia *lectio divina* (cf. *Obras*, 101-114).

5 En las Conferencias, los dichos de los Padres del Desierto reciben por primera vez el título de *Gerontikón*, es decir, “Libro de los ancianos”.

6 Cf. Carta 252, en: “Las cartas de Barsanufio y Juan (+ 540) a Doroteo de Gaza (+ 560-580)”, en: *Obras*, 264 (en adelante se indicará simplemente: Cartas [o *Ibid.*, si correspondiera], seguido del número de carta, punto y coma y número de página [N.d.T.]).

7 Le dice: “Conserva por el momento la propiedad para tu sostén” (*Ibid.* 254; 266).

liberarte de la preocupación, y al mismo tiempo no lo quieres, estás atormentado por tu propia voluntad”<sup>8</sup>; y no lo obliga a dar pasos para los cuales no está todavía preparado<sup>9</sup>, a imitación del Señor, que no obliga a nadie a seguirlo, no se impone, sino que respeta la libertad de cada uno. Al mismo tiempo trata de conducirlo a una comprensión más profunda de la obediencia al Señor. Le escribe:

En efecto, la obediencia consiste en esto: No disponer libremente de sí mismo ¿Qué hay más preciado que tu alma, de la que el Señor ha dicho que es más preciosa que el mundo entero? (cf. Mt 16,26). Y si tú la has confiado a Dios y a tus Padres espirituales ¿por qué vacilas en confiarles las cosas más pequeñas?<sup>10</sup>.

El camino de la libertad –libertad del apego a las cosas, pero sobre todo del apego al propio yo, para acoger el amor del Señor y dejar que se derrame sobre los hermanos– es fatigoso, conoce nostalgias, replanteos y caídas. Pero la experiencia de la caída puede conducir a la humildad, a una aceptación realista de sí mismo, que lleva a desconfiar de las propias fuerzas<sup>11</sup>, a reconocerse como el publicano (cf. Lc 18,9-14), que confiesa su pecado y se confía a la misericordia de Dios: “Acúsate en todo y descarga tu impotencia ante Dios, Él te ayudará (cf. 1 P 5,7)”<sup>12</sup>.

Barsanufio lo exhorta a aceptar y reconocer su propia debilidad con aquella humildad que “levanta de su caída a aquellos que la poseen”<sup>13</sup>; a aceptar el esfuerzo del combate espiritual, y a tener paciencia consigo mismo; a vigilar, a comenzar de nuevo, en todo momento, su seguimiento del Señor<sup>14</sup>. La apertura de corazón a quien es su Padre en el Espíritu, lo ayudará a discernir el camino

---

8 *Ibid.* 253; 265.

9 “Tú no has llegado todavía a esta perfección; pero cuando te aproximes a ella, te será dicho lo que debes hacer. Mientras tanto, libérate solamente de intereses y preocupaciones” (*Ibid.* 254; 266) [N.d.T.].

10 *Ibid.* 253; 265.

11 “Esfuézate en contenerte y serás salvado” (*Ibid.* 257; 271); “Conserva también el desapego de ti mismo” (*Ibid.* 259; 274); “Guárdate de ensoberbecerte, por temor de perderlo todo” (*Ibid.* 273; 284); “Si alguien quiere poseer la verdadera humildad, que no se aprecie a sí mismo en nada” (*Ibid.* 277; 286).

12 *Ibid.* 260; 275.

13 *Ibid.* 256; 268.

14 “Aunque fueras vencido en alguna circunstancia, no te ablandes ni te desalientes, levántate y Dios te ayudará” (*Ibid.* 305; 299).

del Evangelio. Pero confiarse a quien lo guía no es sinónimo de pasividad y resignación: la ayuda de otros no da resultado alguno, sin la colaboración de quien la recibe<sup>15</sup>. A Doroteo, que, por su debilidad, se siente incapaz de practicar la ascesis tradicional de los Padres monásticos, se le indica otro camino: la vía de la humildad, la vía del pobre que no confía en sí mismo, que no pretende salvarse con sus propias fuerzas, sino que se confía al Señor<sup>16</sup>. “Haz lo posible”<sup>17</sup>, “Haz todo lo posible y Dios, por las oraciones de tus Padres, vendrá en tu ayuda”<sup>18</sup>.

El esfuerzo de vivir día tras día aceptando las propias caídas y las propias derrotas, sin ceder, sin embargo, a la desesperación, sin renunciar a vigilar y a luchar, le hacen soñar a Doroteo con “otro lugar”: otro género de vida, otro lugar donde tiene la ilusión de que no deberá cargar consigo la propia debilidad. «Surgen en mí pensamientos que me dicen: “Vete a tierra extranjera y allí estarás a salvo”». La respuesta del anciano lo llama a la realidad, a la objetividad:

Tú dices: “Si me voy al extranjero tendré que soportar el desprecio”. ¿Y cómo te explicas, entonces, que tu corazón se turbe al enterarte de que tu hermano ha dicho algo contra ti y no quieres que se sepa que has cometido una falta? [...] Hermano, sin trabajo es imposible vivir y sin luchar nadie es coronado (cf. 2 Tm 2,5)<sup>19</sup>.

El sueño de una vida en soledad, lejos de las preocupaciones que le procura el servicio de los enfermos en la enfermería, continúa acosándolo. “Mi pensamiento me dice que el retiro es lo más necesario de todo y lo que me es más provechoso”<sup>20</sup>. Juan lo conduce más bien a la misericordia y a la aceptación de sus propios límites: “Si te compadeces del sufrimiento del otro, encontrarás ayuda;

---

15 «Nadie dice a alguien: “yo me hago cargo de tu preocupación” y enseguida se desinteresa de ello, porque así resultaría ser un impostor. Pero aquel del que se ha hecho cargo debe, a su vez, poner un poco de sí y hacer lo posible por guardar celosamente los mandamientos de sus Padres» (*Ibid.* 268, 280-281); “Si lo que pides es semilla para tu campo, ponlo en condiciones de recibir la semilla, porque ha sido dicho que la tierra mejor y bien trabajada rendirá el ciento por uno (cf. Mc 4,8)” (*Ibid.* 262; 277).

16 “Nosotros, los débiles, no podemos más que refugiarnos en el nombre de Jesús” (*Ibid.* 304; 299).

17 *Ibid.* 257; 270; cf. también *Ibid.* 284; 289; 306; 300; 328; 312.

18 *Ibid.* 261; 276. Debe tomar como ejemplo a la viuda del Evangelio, que ofrece lo poco que puede (cf. Mc 12,42-44): “Aporta tú también tu parte [...] tus dos monedas, y te regocijarás como la viuda del Evangelio” (*Ibid.* 261; 276; cf. también 257; 270; 268; 282).

19 *Ibid.* 259; 273-274.

20 *Ibid.* 314; 303.

pero si te fuerzas, queriendo sobrepasar tu medida, tenlo presente, perderás hasta lo que posees”<sup>21</sup>. Las palabras de Barsanufio y de Juan parecen caer en el vacío; ambos deben repetir con infinita paciencia las mismas amonestaciones, invitarlo a no perderse en detalles<sup>22</sup>, llamarlo constantemente, a la perseverancia:

No son solo monjes aquellos que están en el monasterio, sino aquellos que obran como monjes. Porque está escrito *no son los que dicen: “Señor, Señor”, los que entrarán en el reno de los cielos, sino los que cumplen la voluntad del Padre que está en los cielos* (Mt 7,21). ¿Por qué pierdes el tiempo así, desdichado hermano? Preguntas y luego no cumples. Además, interrogas nuevamente, y cuentas a los otros lo que te he dicho, por vanagloria, para agradar a los hombres, y así estás impedido de progresar rápidamente<sup>23</sup>.

Solamente manteniendo la mirada dirigida al Señor, viviendo en su presencia, se puede vencer “el deseo de agradar a los hombres”<sup>24</sup>, la tentación de buscar el consenso y la aprobación de los demás. Con la fuerza de la fe, se puede hallar el coraje de denunciar el mal, de recordar el Evangelio a los hermanos. El discípulo del Señor no condena al pecador, porque ha experimentado la propia fragilidad en la tentación y conoce su propio pecado<sup>25</sup>, pero no teme anunciar el Evangelio, aun al precio de sufrir el rechazo.

Doroteo, que tanto teme el juicio de los demás, encontrará fuerza y solidez al dirigir su mirada al Señor. Todo, incluso el rechazo y la hostilidad de otros, puede servir para ensanchar el corazón en la compasión, en la misericordia. Y, poco a poco, Doroteo aprende a conocerse a sí mismo y a conocer el amor del Señor. Se deja instruir por Barsanufio y Juan y aprende a dejarse modelar por los acontecimientos de la vida. Se le pedirá guiar a otros, llegar a ser, a su vez, padre espiritual, es decir “médico”, que, con pericia y compasión, cura las heridas de los otros. Ya está listo para esta tarea porque ha reconocido sus propias

---

21 *Ibid.* 314; 304.

22 Por ejemplo, en la carta 302, Doroteo pregunta si debe ejercitarse en inclinarse delante de los otros hermanos, porque se da cuenta de que cuando lo hace se sonroja (cf. *Ibid.* 302; 297), y Juan le responde: “Respecto a que te postres en presencia de algunos en particular, no debes hacerlo expresamente, sino según se presenta la ocasión” (*Ibid.* 302; 298).

23 *Ibid.* 260; 275.

24 *Ibid.* 261; 275.

25 *Ibid.* 256; 267-270.

heridas, porque tiene conciencia de que debe ser discípulo hasta el final, porque ha aprendido a abandonarse confiadamente al Señor.

## **Doroteo, Padre espiritual**

Como sucedía en el desierto de Egipto, también en el monasterio que funda Doroteo los monjes se reunían para recibir las enseñanzas de su *Abba*. Las *Conferencias* refieren algunas de estas enseñanzas. Quizás se trata de notas fragmentarias recogidas por un monje voluntarioso y luego revisadas para su publicación. Sin pretensión literaria alguna, las *Conferencias* conservan la vivacidad y frescura del discurso oral. Aunque reflejan una vasta cultura, el estilo es vivaz, concreto, adaptado a un auditorio de personas simples. Para sus conferencias, Doroteo parte a veces de un texto bíblico, otras de un dicho de los Padres del desierto, y otras veces es incluso un hecho de la vida cotidiana, o el deseo de corregir una actitud no evangélica, lo que le sugiere palabras de admonición y reflexión. Y si los *dichos* reportan presumiblemente algunas de las palabras que acostumbraba repetir con mayor frecuencia, las *Cartas* atestiguan su cercanía a los hermanos que se encontraban en una situación particular de crisis o de enfermedad, de tentación. Doroteo no se avergüenza de hablar de sí mismo, de narrar episodios de su juventud o hechos ocurridos en el monasterio del Abad Séridos, ni de confesar sus propias dificultades y tentaciones. No tiene la intención de ofrecer una doctrina sistemática. Da simplemente algunas indicaciones, según el dicho bíblico citado también por el autor de la carta que acompaña sus *Conferencias*: *Da ocasión al sabio y se hará más sabio* (Pr 9,9).

## **Creados a imagen de Dios**

Si bien es cierto que Doroteo no busca ofrecer una doctrina espiritual sistemática ni tratar cuestiones teológicas, en la primera de sus *Conferencias*, sin embargo, parece poner los presupuestos, el fundamento del camino espiritual del creyente. Si luego hablará de lucha contra las tentaciones, de vigilancia de sí mismo y del esfuerzo necesario para adquirir la mansedumbre y la humildad, que hacen posible la caridad, en esta primera conferencia reitera el carácter fundamentalmente positivo de la naturaleza humana. En sintonía con toda la tradición oriental, la noción de “naturaleza” designa la condición del ser humano creado bueno, a imagen y semejanza de Dios. «*Dios dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y según nuestra semejanza” [...] Y Dios creó al ser humano*

*a su imagen; a imagen de Dios lo creó: varón y mujer los creó [...]. Y vio Dios cuanto había hecho, y he aquí que era muy bueno»* (Gn 1,26-27. 31). El hecho mismo de que el hombre haya sido creado a imagen de Dios, y que Dios mismo haya soplado en sus narices un aliento de vida significa que el ser humano tiene elementos divinos en su naturaleza. El hombre fue constituido rey de la creación y todas las criaturas fueron puestas a su servicio. “Poseemos por naturaleza las virtudes que Dios nos ha dado. Al crear al hombre, Dios las puso en él”<sup>26</sup>.

En el estado natural, las pasiones no existen. El mal es una enfermedad de la voluntad libre. Jesucristo ha devuelto al ser humano a su estado natural y ha hecho de él “lo más precioso de Dios”<sup>27</sup>. Y así el hombre puede comprometerse en un camino de conversión. Creado libre, ha renunciado a “su estado natural”, ha ofuscado la imagen de Dios puesta en él: “caído de su estado natural, se encontró en el estado contrario a su naturaleza, esto es en el pecado, en el amor de la gloria y de los placeres de esta vida, y demás pasiones que lo dominaban”<sup>28</sup>. Ha elegido una vida de locura, “no sabe ser feliz”<sup>29</sup>; no ha aceptado el límite, que es lo único que abre a la relación con el otro, sino que ha querido encerrarse en el egoísmo. Pero, aunque el hombre haya abandonado a Dios, Dios permanece fiel y no abandona al ser humano. “El Dios de bondad tuvo piedad de su creatura y le dio la ley escrita, a través de Moisés”<sup>30</sup>, luego envió a los profetas y, finalmente, a su Hijo.

Vino, por tanto, nuestro Señor, hecho hombre por causa de nosotros, “para sanar –dice san Gregorio<sup>31</sup>– lo semejante por lo semejante” [...]. Tomó nuestra misma sustancia [...] y pasó a ser un nuevo Adán, *a imagen de Aquel que lo había creado* (Col 3,10)<sup>32</sup>.

26 “Conferencias de Doroteo de Gaza”, XII,134; en: *Obras*, 185 (en adelante se citará *Conf.*, seguido del número de conferencia en romano, número de párrafo en arábigo, punto y coma, número de página en: *Obras* [N.d.T.]).

27 *Conf.* XVI,170; 218. Doroteo cita aquí expresamente a san Gregorio de Nacianzo, *Oratio* I,4.

28 *Conf.* I,1; 66.

29 *Conf.* I,8; 71.

30 *Conf.* I,2; 66-67.

31 Gregorio de Nacianzo, *Oratio* 38,13 [cita y trad. según *Obras*, 68. N.d.T.].

32 Doroteo de Gaza, *Conf.* I,4; 68. “Sí, en verdad, de todas las criaturas visibles, el hombre es la más preciosa. Las otras, el Creador las ha hecho existir con una palabra: ¡Que exista!, y fue hecho. ¡Que surja la tierra! Y ella apareció [...], etc. Pero al hombre lo hizo y formó con sus propias manos” (*Conf.* XVI,170; 218).



Doroteo hace frecuentemente alusión a lo que el ser humano era en origen y a lo que se vio reducido, después de su alejamiento de Dios. Jesucristo nos ha dado el poder de caminar sobre serpientes y escorpiones y de vencer todo el poder del enemigo (Lc 10,19). Podemos, por tanto, y tenemos la capacidad de oponernos al mal, a las malas pasiones que intentan dominarnos<sup>33</sup>.

Jesucristo vino a enseñarnos a vivir nuestra vida como seres humanos: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11,29); vino a salvar a la criatura “más preciosa” de toda la realidad visible, “la más cercana” a Dios, dice Doroteo, retomando las palabras de Gregorio de Nacianzo<sup>34</sup>.

Como hicieron los Padres de la Iglesia antes que él y seguirán haciéndolo después, Doroteo distingue los dos aspectos de la creación del ser humano, hecho “a imagen” y “a semejanza” [de Dios]. Debemos redescubrir la imagen, depositada en la profundidad del corazón, responder al don que se nos ha hecho, colaborar con el Señor para llegar a la plenitud de la semejanza. El trabajo para hacer resurgir la imagen de Dios se compara al esfuerzo del labrador, que ha sembrado buena semilla en su campo.

Además de echar la semilla, debe enterrarla y hacer que se hunda en la tierra, para [evitar] que vengan los pájaros y se la lleven, y así se pierda (cf. Mc 4,4). Y después de haber enterrado la semilla, espera la misericordia de Dios, a fin de que mande la lluvia para que la semilla crezca. El labrador puede realizar todo el esfuerzo para limpiar y disponer el terreno y sembrarlo, pero si Dios no hace llover sobre la semilla, todo su empeño es vano. Así también nosotros, si hacemos algo bueno, debemos esconderlo por medio de la humildad y arrojar en Dios nuestra debilidad, suplicándole que tenga en cuenta nuestro esfuerzo, para que no sea en vano<sup>35</sup>.

A través de este trabajo conjunto entre el hombre y Dios, la imagen [divina] comienza a resplandecer de nuevo, y el hombre llega a ser transparencia del rostro de Dios.

---

33 *Conf.* I,5; 68-69.

34 *Conf.* XVI,170; 218-219.

35 *Conf.* XII,135; 185-186.

En otro lugar Doroteo habla de la conciencia como de “un germen divino, una especie de facultad más viva y luminosa que una chispa, para iluminar el alma y permitirle discernir entre el bien y el mal”<sup>36</sup>. Pero los hombres han enterrado y pisoteado su conciencia. La Ley, los profetas, Jesucristo, han tratado de volverla a la luz y despertarla.

Depende, por tanto, de nosotros, ya sepultarla de nuevo, o bien, obedecerla, permitiéndole replandecer e iluminarnos. En efecto, cuando nuestra conciencia nos mueve a hacer algo y nosotros la despreciamos, nos lo repite y no lo hacemos, sino que seguimos pisoteándola, la sepultamos; y a causa del peso que la aplasta, ya no puede hablarnos más claramente, sino que, como lámpara que da una luz incierta porque tiene aceite sucio, comienza a mostrarnos las cosas de modo más confuso, por así decir, más tenebroso; y así, progresivamente, como nadie puede reconocer su rostro [reflejado] en un agua que se ha vuelto turbia por el mucho fango, llegamos a no percibir lo que nos dice nuestra conciencia, tanto que casi pensamos haberla perdido. Pero no hay nadie que no la tenga: la conciencia es algo divino, como ya hemos dicho, y no puede ser destruida, sino que siempre nos recuerda lo que debemos hacer. Somos nosotros quienes ya no la percibimos, porque, como he dicho, la despreciamos y la pisoteamos<sup>37</sup>.

El trabajo espiritual consiste, entonces, en desenterrar la conciencia, en reencontrar el camino que nos lleva a la profundidad de nuestro corazón.

## **Discípulos del manso y humilde de corazón**

Entre los textos bíblicos más citados por los Padres de Gaza está el versículo de Mt 11,29, en el cual Jesús dice: *Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarán descanso para sus almas*. El camino cristiano es el de la mansedumbre y la humildad. Doroteo ha caminado por esta vía<sup>38</sup> y ha tratado de indicarla también a los demás, con sus palabras y su vida.

---

36 *Conf.* III,40; 96.

37 *Ibid.*

38 «Debemos alegrarnos y regocijarnos, como corresponde, por esta actitud tuya. Pareces seguir las huellas del imitador del “manso y humilde” (cf. Mt 11,29)» –es decir, las huellas de Doroteo–, escribe el autor de la carta que acompaña el envío de las *Conferencias* (Carta de envío, 1; en *Obras*, 45).

Quien ha luchado contra el amor a sí mismo, contra la *philautía*, ha abandonado toda prepotencia y pretensión sobre los otros. La mansedumbre no es sometimiento, no es cargar pasivamente con lo que nos llega por las circunstancias de la vida, o de parte de otros. La mansedumbre exige la fortaleza de luchar contra la tentación de la prepotencia, que nos amenaza a todos. El manso es fuerte, con aquella fuerza que le viene del abandono en el Señor. No se venga del mal recibido, sino que “se acusa a sí mismo”. Acusarse o reprocharse a sí mismo son expresiones que vuelven con frecuencia en los escritos de Doroteo. ¿Qué significa “acusarse a sí mismo”? Hoy diríamos: asumir la responsabilidad de las propias acciones, convertir el propio corazón o, en términos evangélicos, quitar la viga del propio ojo (cf. Mt 7,4-5). Adán y Eva no supieron acusarse a sí mismos, no supieron asumir la responsabilidad de sus propias acciones. Se acusaron el uno al otro, y, en un obstinado intento por autojustificarse, no dudaron en culpar también a Dios:

Si desde el principio el hombre hubiese sido humilde y obedecido a los mandamientos, no hubiese caído. Y después de su falta Dios le volvió a dar una ocasión para arrepentirse, y así alcanzar misericordia. Pero el hombre mantuvo la cabeza erguida. En efecto, Dios se acercó para decirle: ¿Dónde estás, Adán? (Gn 3,9), es decir: *¿De qué gloria has caído?, ¿en qué miseria?* Y después le preguntó: ¿Por qué has pecado? ¿Por qué has desobedecido?, buscando con ello que el hombre le dijera: ¡Perdóname! Pero ¿dónde está ese *perdóname*? No hubo ni humillación, ni arrepentimiento, sino todo lo contrario. El hombre le respondió: *La mujer que Tú me has dado me engañó* (Gn 3,12). No dijo: *mi mujer*, sino: *la mujer que Tú me has dado*, como si dijera: *La carga que Tú me has puesto sobre mi cabeza*. Así es, hermanos, cuando el hombre no acostumbra a echarse la culpa a sí mismo, no teme ni siquiera acusar al mismo Dios. Entonces Dios se dirigió a la mujer y le dijo: *¿Por qué no has guardado lo que te había mandado?*, como queriendo decirle: *Al menos tú di: Perdóname, y así tu alma se humille y alcance misericordia*. Pero tampoco recibió el *perdóname*. La mujer, por su parte, le respondió: *La serpiente me ha engañado* (Gen 3,13), como queriendo decir: *Si él [la serpiente] ha pecado, ¿por qué voy a ser yo la culpable?* ¡Qué hacen, desdichados! ¡Al menos pidan disculpa! Reconozcan su pecado. ¡Tengan compasión de su desnudez! Pero ninguno de los dos se quiso acusar, y ni uno, ni otro, mostró el menor signo de humildad. Ahora pueden ver claramente a qué situación hemos llegado y cuántos males nos ha causado

la costumbre de autojustificarnos, la confianza en nosotros mismos y el apego a la voluntad propia<sup>39</sup>.

Acusarse a sí mismo es la actitud del publicano, que, consciente del propio pecado no echa la culpa sobre el otro; invoca la misericordia de Dios y sale del templo justificado (cf. Lc 18,9-14). Quien se conoce a sí mismo se vuelve humilde; consciente de sus propias caídas, no condena a los demás; y si, por fidelidad al Evangelio, advierte y corrige, sabe distinguir entre el pecado y el pecador: denuncia el pecado, pero tiene misericordia del pecador. La Palabra de Dios, leída, escuchada, meditada, hace de espejo: le revela el rostro de Dios, pero también le revela su propio rostro, le hace ver cuán desemejante es del Señor y Maestro que busca seguir. Y así, la experiencia de las propias caídas y la familiaridad con el Señor, engendran la humildad.

Porque es evidente que el hombre humilde y piadoso, sabiendo que nada bueno se puede hacer en su alma sin el auxilio y la protección de Dios, jamás cesa de invocarlo para que tenga misericordia de él. Y el que ora a Dios sin cesar, sabe cuál es la fuente de cualquier obra buena que realice y no podría, en consecuencia, sentir orgullo, ni atribuirlo a sus propias fuerzas. Es a Dios a quien atribuye todas sus obras buenas, y no cesa de darle gracias e invocarlo, temiendo que la pérdida de su auxilio haga aparecer su debilidad y su impotencia. De este modo, la humildad lo hace orar y la oración lo hace humilde, y cuanto más hace el bien, tanto más se humilla; y cuanto más se humilla, más socorro recibe, y progresa así por su humildad<sup>40</sup>.

La humildad y la mansedumbre están unidas profundamente. “La humildad no se irrita y no provoca a nadie a la ira”<sup>41</sup>, dice Doroteo recordando un dicho de los Padres del desierto:

---

39 *Conf.* I,9-10; 72-73.

40 *Conf.* II,38; 93-94.

41 Apotegma anónimo, ed. F. Nau, 115; en: *Revue de l'Orient Chrétien* 12 (1907-1913), 402; cf. PL 73,1037A [en adelante se citará: *Apoph.* NAU, seguido de número de apotegma y número de página. N.d.T.]. Este dicho se cita en *Conf.* II,29; 87. [El contenido de la presente nota se ha adaptado conforme a los datos que aparecen en: *Obras*, 87, nota 102. Y se ha corregido 1907-1913, de acuerdo a la tabla de las abreviaturas ofrecida en *Obras*, 42. N.d.T.].

Pero también la humildad protege el alma de todas las pasiones y de toda tentación. Es más bien contra toda pasión y toda tentación contra lo que ella protege nuestra alma. Cuando a san Antonio le fue dado contemplar todos los lazos tendidos por el diablo, preguntó a Dios gimiendo: ¿Quién podrá librarse de ellos? Y ¿qué le respondió Dios? *La humildad los vencerá*<sup>42</sup>. Y ¿qué otra cosa admirable agregó Dios? *Y nada podrá contra ella*. ¿Ven, hermanos, su poder? ¿Ven la gracia de una virtud? Verdaderamente no hay nada más poderoso que la humildad, nada la puede vencer<sup>43</sup>.

Doroteo retoma una expresión específica de los Padres del desierto de Egipto y de Gaza<sup>44</sup> para definir la actitud de pobreza y de humildad que debe acompañar al cristiano. Exhorta a custodiar la *apsíphiston*. Esta es una palabra griega, que literalmente indica el estado de quien no ha recibido voto alguno durante una votación; es decir, que no ha obtenido un reconocimiento de parte de otros. Custodiar la *apsíphiston* quiere decir conservar el sentido de la propia pequeñez<sup>45</sup>, no reclamar para sí alabanzas o aprobación, descentrarse de sí mismo para permitir que el Señor venga a habitar en nosotros. La humildad, por tanto, como descentramiento de sí mismo, desapego de cualquier sentimiento de vanagloria, autoestima, pretensión de alabanzas o de reconocimientos por parte de otros. La verdadera humildad es hacerse cristocéntricos hasta llegar a reconocer como el apóstol Pablo: “*No soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí*” (Ga 2,20).

42 Cf. *Apotegmas, Colección alfabética*, Antonio 7 (en adelante, *Apoph. Alfab.*, seguida del nombre del Padre y número de dicho; trad. en: *Los dichos de los Padres del Desierto. Colección Alfabética de los Apotegmas*, Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1986, 16. Esta obra se citará como: *Los dichos*, seguido del número de dicho, punto y coma y número de página. N.d.T.).

43 Doroteo de Gaza, *Conf.* II,30; 87-88.

44 Encontramos este término en un dicho de *Abba Sisoos*, reportado por *Abba Pistós*: “El que obtiene mucha sabiduría (*apsíphiston*) cumple toda la Escritura”; en: *Los dichos* 776; 215. La expresión *apsíphiston* es muy difícil de traducir, y se encuentra casi exclusivamente en las cartas de Barsanufio a Doroteo. Consiste en no engreirse de sí mismo y en no dar crédito a las alabanzas que se reciban (cf. *Cartas* de Barsanufio y Juan a Doroteo: 94; p. 398; 138, p. 512; las páginas envían a la ed. François Neyt, osb y Paula de Angelis-Noah en *Sources Chrétiennes* 427, Paris, Eds. du Cerf, 1998; y *Sources Chrétiennes* 450, Paris, Eds. du Cerf, 2000 para las *Cartas*: 257, p. 224; 259, p. 232; 272, p. 256; 278, p. 264; y 450 respectivamente, y 2000 [N.d.T.]).

45 Cf. *Cartas* de Doroteo de Gaza, Carta II,187: “Lucha por acusarte en todo y mantiene firme el no creerte ser alguien (*apsíphiston*), con sabiduría”; en: *Obras*, 212.

## Combate espiritual

El cristiano es un hombre manso, pero al mismo tiempo es un fuerte atleta, uno que compete en “*el buen combate*” (2 Tm 4,7) de la fe, uno que lucha “*según las reglas*” (2 Tm 2,5), para entrar en el “camino angosto” (Mt 7,14; cf. Lc 13,24). Este combate no es contra los demás, sino contra el mal que lo tienta, el cual anida en su corazón; es contra todos los pensamientos que tratan de distraerlo de los pensamientos de Dios, de la voluntad del Padre, que es voluntad de amor por todas las criaturas. Jesús, que ha hecho de la Voluntad del Padre su alimento (cf. Jn 4,34), que en la agonía de Getsemaní reza: *No se haga mi voluntad sino la tuya* (Lc 22,42), ha enseñado a sus discípulos a pedir en la oración: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga tu Reino, hágase tu voluntad en la tierra, como en el cielo* (Mt 6,9-10). En el origen del pecado de Adán y Eva, en el origen de todo pecado está eso que los Padres llaman la “voluntad propia”, la rebelión contra el proyecto de Dios para el hombre y contra su voluntad, que es una voluntad de amor.

¿Cómo hemos llegado a todas estas tribulaciones? ¿Por qué hemos caído en todas estas miserias? ¿No es acaso a causa de nuestro orgullo, de nuestra locura? ¿No es por haber seguido nuestros torcidos propósitos, y por habernos aferrado a la amargura de nuestra voluntad?<sup>46</sup>.

El tema evangélico de la renuncia a sí mismo, a la propia voluntad, es recurrente en toda la literatura monástica antigua. Doroteo recuerda un dicho de *Abba Pastor*, monje del desierto de Egipto, que afirmaba:

«La voluntad del hombre es un muro de bronce entre él y Dios, una piedra interpuesta. Por eso, al abandonarla, el hombre se dice para sí: “En mi Dios atravieso el muro” (Sal 17 [18],30). Si la justicia concuerda con la voluntad, el hombre se esfuerza»<sup>47</sup>.

Para seguir al Señor no hay que dejar solamente los bienes exteriores, sino también el propio yo, la propia vida, por amor de Dios y de los hermanos. Y sucede a veces que uno es capaz de grandes renunciaciones, pero termina por apegarse a pequeñas cosas.

---

46 *Conf.* I,8; 71.

47 *Apoph. Alaphab.* Poimén 54; *Los dichos*, *Abba Pastor* 628; 188.

Nosotros [...] decimos haber crucificado el mundo para nosotros mismos por el hecho de venir al monasterio, pero nos oponemos a crucificarnos nosotros mismos para el mundo. Todavía gozamos con los placeres, tenemos sus apegos, nos atrae su gloria, el gusto de los alimentos y de los vestidos. Si vemos una herramienta que nos gusta, en seguida nos apegamos a ella. Dejamos que ese objeto de poco valor tenga para nosotros un valor grandioso, tal como dice *abba* Zosima<sup>48</sup>. Solo en apariencia, al venir al monasterio, hemos dejado el mundo y abandonado lo que a él le pertenece, porque por cualquier insignificancia en seguida retomamos sus apegos. Es una gran locura el hecho de haber renunciado a cosas considerables, para satisfacer luego nuestros apetitos con cosas que no tienen ningún valor. Cada uno de nosotros ha dejado lo que poseía en el mundo, grandes bienes, si es que los teníamos, o bien lo poco que nos pertenecía, cada uno según sus medios. Hemos entrado al monasterio y, como dije, allí buscamos satisfacer nuestros deseos con cosas miserables e insignificantes. No debemos obrar así. ¡Hemos renunciado al mundo y a las cosas del mundo!; de la misma manera debemos renunciar al apego de las cosas sensibles. Por eso es necesario saber lo que es la renuncia, el por qué hemos venido al monasterio y también qué significa el hábito que vestimos, a fin de comportarnos conforme a él y luchar, siguiendo el ejemplo de nuestros Padres<sup>49</sup>.

En este proceso de liberación de todo apego, incluso a la propia vida, la apertura de corazón a quien ya posee una cierta madurez espiritual, es un instrumento que permite aprender a discernir los sentimientos, las pasiones, las fantasías que nos habitan –todo eso que los Padres llaman los pensamientos– y a redescubrir “la chispa” interior, la propia conciencia<sup>50</sup>, para que se convierta en guía y juez, ante el cual examinar las propias acciones y los propios pensamientos.

---

48 Cf. Zosima, *Alloquia* [Conferencias], 5; PG 78,1689 B: “Sucede muchas veces que, después de haber despreciado cosas cuantiosas, se apegan a un pequeño alfiler; y ese apego desordenado nos hace turbar y que ese pequeño alfiler ocupe el lugar de una gran cosa. Pasamos a ser esclavos de ese pequeño alfiler, de la cogulla, del manto o del libro al que nos aferramos, en lugar de ser esclavos de Dios. Como ha dicho un sabio: cuantas pasiones, tantos tiranos para el alma. Y el Señor: *Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt 6,21). Y también el Apóstol dice: *Cada uno es esclavo de aquél que le ha vencido* (2 P 2,19)”. [Cf. *Obras*, 76, nota 92. N.d.T.]

49 Doroteo de Gaza, *Conf.* I,14; 75-76.

50 Cf. *Conf.* III,40; 96.

Si, por un lado, necesitamos la ayuda de los hermanos<sup>51</sup>, para ayudarnos mutuamente a no desanimarnos y a reavivar el fuego interior que amenaza apagarse, cuando nos dejamos vencer por el torpor espiritual y “querriamos salvarnos mientras dormimos”<sup>52</sup>; por otro lado, debemos aprender “a llegar a ser padre y madre de nosotros mismos”<sup>53</sup>, como decía Gregorio de Nisa, a interrogarnos, a escrutar nuestro corazón. Doroteo exhorta:

Además de nuestro examen cotidiano, debemos examinarnos cada año, cada mes y cada semana, preguntándonos: “¿Dónde me encuentro ahora respecto de aquella pasión que me abatía la semana pasada?”. Igualmente, cada año: “El año pasado he sido vencido por tal pasión, ¿cómo me encuentro ahora?”. De esta manera debemos interrogarnos cada vez, para ver si hemos hecho algún progreso, si hemos permanecido estancados o si nos hemos vuelto peores<sup>54</sup>.

La vigilancia sobre sí mismo permite erradicar las pasiones desde que son tiernas<sup>55</sup> y todavía no se han transformado en hábitos<sup>56</sup>.

## **Caminantes y peregrinos**

“*Ustedes se han acercado al Monte Sión, a la ciudad del Dios viviente, a la Jerusalén celestial*” (Hb 12,22). En la literatura cristiana antigua es común el tema de la vida espiritual como viaje hacia Jerusalén. Doroteo lo retoma en una de sus conferencias.

Todos nosotros somos como viajeros que tienen por meta la ciudad santa. Partiendo de una misma ciudad, unos han recorrido cinco millas, y

---

51 Doroteo cita y comenta largamente el pasaje de Pr 11,14: *Aquellos que no tienen guía caen como las hojas; la salvación se encuentra en el mucho consejo* (Conf. V,61-62; 115-116).

52 Conf. XII,125; 179.

53 “En efecto, de algún modo nos hacemos padres de nosotros mismos, cuando nos modelamos por la libre elección del bien y avanzamos hacia la luz” (Gregorio de Nisa, *Homilias sobre el Eclesiastés* VI,5; trad. en *Biblioteca de Patristica* 88, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 2012, p. 114 [N.d.T.]).

54 Doroteo de Gaza, Conf. X,111; 164-165.

55 Cf. Conf. XI,115; 168.

56 Cf. Conf. XI,121-123; 173-176.



después se detuvieron; otros han recorrido diez; algunos han llegado hasta la mitad del camino; otros no han dado un paso: al salir de la ciudad se quedaron a las puertas, en su atmósfera nauseabunda. Puede suceder que otros recorran dos millas, pero después se pierden y vuelven sobre sus pasos, o, habiendo hecho dos millas, vuelven cinco para atrás. Otros han llegado hasta la misma ciudad, pero se quedaron fuera y no penetraron en su interior. Eso es lo que nosotros somos. Seguramente hay entre nosotros quienes, habiendo dejado el mundo para entrar en el monasterio, tenían por meta la adquisición de las virtudes. De ellos, unos han progresado un poco, pero después se detuvieron. Otros han avanzado algo más; otros llegaron hasta la mitad del camino, pero se quedaron allí. También están los que no han hecho nada: dieron la impresión de abandonar el mundo, pero, de hecho, se quedaron en las cosas del mundo, en sus pasiones y en su podredumbre. Algunos llegaron a realizar algo bueno, pero después lo destruyeron, o incluso destruyeron mucho más de lo que habían hecho. Otros llegaron a adquirir virtudes, pero se enorgullecieron y despreciaron al prójimo: son los que permanecieron fuera de la ciudad sin entrar. Estos tampoco llegaron a la meta, pues, aunque hayan llegado a las puertas de la ciudad, permanecieron fuera, por lo cual tampoco cumplieron su cometido. Que cada uno de nosotros tome conciencia de dónde se encuentra. Al salir de la ciudad, ¿se ha quedado afuera, cerca de la puerta, a la vista de la ciudad? ¿Ha avanzado poco o mucho? ¿Ha recorrido la mitad del camino? ¿No habrá avanzado y después retrocedido dos millas? ¿O habrá retrocedido cinco millas después de haber avanzado dos? ¿Ha llegado hasta la ciudad? ¿Ha entrado en Jerusalén? ¿O ha llegado a la ciudad sin poder penetrar? Que cada uno descubra en qué estado y dónde se encuentra<sup>57</sup>.

El camino espiritual no es lineal: conoce estancamientos, desviaciones, replanteos; conoce el cansancio y el desánimo. Pero quien, aunque sea a veces, ha experimentado “el reposo”, la paz que viene del abandono en el Señor, y ha perseverado en el recuerdo de Dios que da la alegría y consuela, poco a poco, con la ayuda de la gracia, avanza en el camino y se encuentra con el Padre, que le sale al encuentro. *Cuando [el hijo] estaba todavía lejos, su padre lo vio, tuvo compasión y corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó* (Lc 15,20).

---

57 *Ibid.* X,107 160-161.

## Amor a Dios, amor al prójimo

La humildad, la vigilancia, la lucha contra las pasiones, abren el camino a la caridad. En ese microcosmos que es la comunidad monástica hay fuertes y débiles, intelectuales y simples, enfermos en el cuerpo y en el alma, sensibilidades y temperamentos diversos. El amor, nacido y nutrido en la intimidad con el Señor, hace reconocer al otro como hermano, un miembro del mismo cuerpo.

Adquiramos nosotros también la caridad. Adquiramos la misericordia respecto del prójimo para evitar la terrible maledicencia, el juzgar y el despreciar. Ayudémonos los unos a los otros, como a nuestros propios miembros. Si alguien tiene una herida en la mano, en el pie o en otra parte, ¿siente acaso asco de sí mismo? ¿Se corta el miembro enfermo, aunque se esté pudriendo? Más bien ¿no lo lavará, limpiará, le pondrá emplastos y vendajes, lo untará con óleo santo, rogará y hará rogar a los santos por él, como dice *Abba Zozima*?<sup>58</sup>. En resumen, no abandona su miembro, no le asquea su fetidez, hace todo por curarlo. Así debemos compadecernos unos de otros, ayudarnos mutuamente, o valiéndonos de otros más capaces, hacer todo, con el pensamiento y con las obras, para socorrernos a nosotros mismos y los unos a los otros. *Porque somos miembros los unos de los otros* (Rm 12,5), dice el Apóstol. Luego, si formamos un solo cuerpo y si *somos cada uno por nuestra parte miembros los unos de los otros* (*ibid.*), *cuando un miembro sufre todos los miembros sufren con él* (1 Co 12,26). A su entender, ¿qué son los monasterios? ¿No son como un solo cuerpo con sus miembros?<sup>59</sup>.

El arte de amar al otro en la verdad, según el Evangelio, es un largo proceso. La aceptación realista de sí, el reconocer que somos una mezcla de luz y tinieblas, que, en el campo de nuestro corazón, el grano y la cizaña crecen juntos (Mt 13,24-30), la paciencia con nosotros mismos, con las propias debilidades y defectos, pueden abrirnos a la aceptación del otro con sus debilidades, sus defectos y heridas. “*Ama a tu prójimo como a ti mismo*” (Mt 19,19). Pero con frecuencia es más fácil negar las propias tinieblas y ver el mal solo en el otro. Las *Conferencias*, ya lo hemos recordado, insisten en la necesidad de “acusarse a sí mismo”, “reprocharse a sí mismo”:

---

58 Zozima, *Alloquia* 8; cf. PG 78,1692B-C.

59 Doroteo de Gaza, *Conf.* VI,77; 130-131.

Vean, hermanos, es por esta razón por lo que no llegamos a progresar, a ser poco útiles, y pasamos todo nuestro tiempo corrompiéndonos por los pensamientos que tenemos unos contra otros y atormentándonos a nosotros mismos. Cada uno se justifica, cada uno se descuida, como ya he dicho, sin cumplir en nada, y pidiendo al prójimo que rinda cuenta de los mandamientos. Por esto no nos habituamos al bien: por poco que recibamos alguna luz, inmediatamente pedimos cuenta al prójimo, criticándolo y diciendo: “Debería hacer esto y ¿por qué no ha procedido así?”. ¿Por qué más bien no nos pedimos cuenta a nosotros mismos del cumplimiento de los mandamientos, culpándonos por no observarlos? ¿Dónde está aquel santo Anciano a quien le preguntaron: “¿Qué encuentras más importante en este camino, Padre?”. Y habiendo respondido: “Acusarse a sí mismo en todo”, fue alabado por aquel que lo interrogara, agregando: “No hay otro camino que no sea ése”<sup>60</sup>.

Ante la caída del hermano, quien es vigilante se dice: “¡Hoy él, y mañana seguramente seré yo!”<sup>61</sup>. Doroteo pone en guardia ante los males típicos de una vida comunitaria: la condena al otro<sup>62</sup>, la maledicencia y la murmuración<sup>63</sup>, los prejuicios y malas sospechas<sup>64</sup>, la hipocresía, que lleva a ver el mal solo en los otros, el deseo de venganza y el rencor contra quienes nos han hecho sufrir<sup>65</sup>.

Si tuviéramos caridad acompañada de compasión y pena, no prestaríamos atención a los defectos del prójimo, según la palabra: *La caridad cubre una*

---

60 Cf. *Apoph. Alphas*. Teófilo 1; en: *Los Dichos*, 304; 95. Este pasaje de Doroteo está tomado de la *Conf.* VII,86; 139. A propósito de “la doctrina espiritual de la *acusación de sí mismo* o del *desprecio de sí mismo*, que expone Doroteo de Gaza”, el Papa Francisco escribe: “Al *acusarse*, el corazón del religioso se *abaja* y es precisamente este abajamiento interior el que da eficacia a los demás medios naturales y técnicos de entendimiento mutuo. Tal actitud de abajamiento tiene su fundamento teológico en el *abajamiento* del Verbo (la *synkatábasis*), que es lo que posibilita el acceso a Dios. Por tanto, el acceso del hermano lo realiza el mismo Cristo, a partir de nuestro abajamiento. Este es, precisamente, el *acercarse bien* propio del cristiano [...] Por otra parte, es el mismo Señor quien nos justifica en nuestro *abajamiento*. Los fariseos se autojustificaban (“ustedes que se glorifican unos de otros”, Jn 5,44). El justo solo busca la justificación de Dios, y por ello se *abaja*, se acusa” (Bergoglio, Card. Jorge M., S.J., *Sobre la acusación de sí mismo*, Buenos Aires, Claretiana, 2005, 8; 17-18).

61 *Apoph* NAU 327; citado en *Conf.* VI,75; 128.

62 Cf. *Ibid.* VI,77; 130-131.

63 Cf. *Ibid.* XI,117; 170-171.

64 Cf. *Ibid.* IX,98-99; 151-153.

65 Cf. *Ibid.* VIII,89-95; 142-149.

*multitud de defectos* (1 P 4,8) y: *La caridad no se detiene ante el mal, disculpa todo*, etc. (1 Co 13, 5-6). Luego, si tuviéramos caridad, ella misma cubriría cualquier falta y seríamos como los santos cuando ven los defectos de los hombres. Los santos ¿acaso son ciegos por no ver los pecados? ¿Quién detesta más el pecado que los santos? Sin embargo, no odian al pecador, no lo juzgan, no le rehúyen. Por el contrario, lo compadecen, lo exhortan, lo consuelan, lo cuidan como a un miembro enfermo: hacen todo para salvarlo<sup>66</sup>.

Ante quien nos hace el mal, uno también puede evitar turbarse por orgullo, porque desprecia al otro<sup>67</sup>; Doroteo, en cambio, ha aprendido de *Abba Zosima*<sup>68</sup> a considerar a quien nos hiere y nos humilla, como un hermano que nos ofrece la ocasión de conocernos mejor a nosotros mismos y corregirnos.

A veces uno piensa estar en la paz y la tranquilidad, pero apenas un hermano le dice una palabra que lo aflige, se turba y se considera con todo el derecho de afligirse, diciéndose: “¿Si ese hermano no hubiera venido a hablarme y no me hubiese turbado, no habría pecado!”. Esto es una ilusión, un falso razonamiento. ¿Es tal vez que quien le ha dicho esa palabra ha puesto dentro de él la pasión? Solo le ha puesto en evidencia la pasión que había ya dentro de él, para que, si quiere, pueda arrepentirse. Ese se asemeja a un pan de grano puro, exteriormente de buen aspecto, pero

---

66 Cf. *Conf.* VI,76; 129.

67 Cf. *Ibid.* VII,81; 134-135.

68 Cf. *Zosima, Alloquia* 3; PG 78,1684C: “Si uno no piensa en aquel que le hace el mal, como en un médico, se tortura a sí mismo. ¿Por qué dices que te hace sufrir? Te purifica. Debes pensar en él como en un médico que Cristo te envía. Le eres deudor, por haberte dado la ocasión de sufrir por el nombre de Cristo (cf. Hch 9,16); y debes considerarlo como tu benefactor [...]. Debes estarle agradecido porque, gracias a él, llegas a conocer tu propio mal. Debes acoger cuanto te viene de él como una medicina que Jesús te envía”. Encontramos una idea similar en las palabras del Dalai Lama, la máxima autoridad tibetana: “La compasión de la que habla el budismo mayahana no es el amor común que sentimos hacia aquellos que nos son queridos y cercanos; este amor puede estar acompañado de egoísmo e ignorancia. Debemos llegar hasta amar a nuestros enemigos. [...] Si he ayudado a alguien en todo lo que estaba de mi parte y este me ofende del modo más vergonzoso, debo considerar a esa persona como mi mayor maestro. Si nuestros amigos están bien con nosotros y nos son cercanos, nada nos puede hacer conscientes de nuestros sentimientos e ideas negativas. Solo cuando alguien nos combate y critica, podemos acceder a la conciencia de nosotros mismos y juzgar la calidad de nuestro amor. En esto, nuestros enemigos son nuestros grandes maestros. Ellos nos ponen en situación de flaquear en nuestra fortaleza, nuestra tolerancia y nuestro respeto hacia los demás” (J. Leloup, “Un maître spirituel, le Dalai Lama”, en: *La vie spirituelle* 639 [1980], p. 638).

que, apenas cortado, revela su podredumbre; así también, él creía estar en paz, pero llevaba dentro de sí la pasión, sin saberlo. Una sola palabra del hermano ha hecho salir la podredumbre que tenía escondida dentro. Si, por tanto, quiere alcanzar misericordia, que se arrepienta, se purifique, trate de hacer progresos y verá que debe más bien agradecer al hermano por haber sido para él un motivo de progreso<sup>69</sup>.

Tal vez es porque alimentaba estos sentimientos, que Doroteo no se dejó turbar por el hermano que lo perseguía insultándolo<sup>70</sup>. Él, tan inseguro y dependiente del juicio de otros, aprende a encontrar solidez solo en el Señor, y a aceptar que no siempre el amor es reconocido y acogido, ni siquiera por aquellos que nos son más próximos. El amor cristiano es gratuito, no se impone y no espera recompensa; el amor cristiano nace de la sobreabundancia del amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5).

Hermano mío, no tenemos derecho alguno sobre el prójimo. Por amor, en efecto, debemos ir más allá de esto y deponer nuestras pretensiones. Nadie dice al prójimo: “¿Por qué no me amas?”, sino que, haciendo él mismo cosas que merecen amor, mueve también al prójimo al amor<sup>71</sup>.

El amor según el Evangelio lleva a reconocer en el hermano la presencia del Señor. Doroteo repite estas palabras que algunos Padres de la Iglesia atribuyen a Jesús: “¿Has visto a tu hermano, has visto al Señor tu Dios!”<sup>72</sup>. “*Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve*” (1 Jn 4,20), dice san Juan.

La vida común es, para Doroteo, el lugar de la revelación de sí mismo. Es en las relaciones con los demás que aprendo a conocerme a mí mismo. Si para los Padres del desierto el lugar del conocimiento de sí era preferentemente la soledad, la ausencia de distracciones, para Doroteo, el monje se conoce verdaderamente a sí mismo y su corazón en la vida común, en el servicio prestado a los hermanos.

---

69 *Conf.* VII,82; 135-136.

70 Cf. *Ibid.* IV,57; 111-112.

71 *Cartas*, I,181; 230-232.

72 Cf. Clemente de Alejandría, *Stromata* I,19,94,5 (trad. en *Fuentes Patrísticas* 7, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, 1996, p. 273 [N.d.T.]); Tertuliano, *La oración* 26,1 (trad. en *Fuentes Patrísticas* 18, Madrid, Ed. Ciudad Nueva, p. 347 [N.d.T.]). En los dichos de los Padres se atribuye a *Abba Apolo* (*Apoph. Alfab.* Apolo 3; en: *Los Dichos* 151; 50).

Mientras uno vive solo puede creer que ama a todos. La vida comunitaria es la revelación de los límites, de las sombras que hay en cada uno. Doroteo narra las experiencias y avatares de su vida en comunidad. Ciertamente es menos especulativo, más práctico. En él se encuentra la simplicidad y la concreción de los Padres del desierto. Es un observador atento, pronto a denunciar las sutiles ilusiones del amor propio. El camino de la paz parte de la acusación de sí mismo, de la asunción de la propia culpa.

En una palabra, cuide cada uno, como pueda, según ya les he dicho, de que permanezcan unidos los unos a los otros, ya que cuanto más unido se está al prójimo, más unido se está a Dios. Para que comprendan el sentido de esta palabra voy a darles un ejemplo tomado de los Padres: Supongan un círculo trazado sobre la tierra, es decir, una circunferencia hecha con un compás y un centro. Se llama precisamente centro al centro del círculo. Presten atención a lo que les digo. Imaginen que ese círculo es el mundo, el centro, Dios, y sus radios, las diferentes maneras o formas de vivir los hombres. Cuando los santos, deseosos de acercarse a Dios caminan hacia el centro del círculo, a medida que penetran en su interior, se van acercando uno al otro, al mismo tiempo que a Dios; cuanto más se aproximan a Dios, más se aproximan los unos a los otros, y cuanto más se aproximan los unos a los otros, más se aproximan a Dios. Y comprenderán que lo mismo sucede en sentido inverso, cuando, dando la espalda a Dios, nos retiramos hacia lo exterior, es evidente entonces que, cuando más nos alejamos de Dios, más nos alejamos los unos de los otros y cuando más nos alejamos los unos de los otros, más nos alejamos también de Dios<sup>73</sup>.

Al momento de la constitución del Concilio Ecuménico de las Iglesias y de la primera Asamblea General de Amsterdam, en 1948, su primer Secretario General, el Pastor Visser't Hooft enunció un principio fundamental del movimiento ecuménico, diciendo: “Cuanto más nos acercamos a Cristo, más nos acercamos entre nosotros”. Es la idea expresada por Doroteo de Gaza a través de la imagen del círculo, imagen que él afirma haber tomado de los Padres<sup>74</sup>. Quien camina

---

73 Doroteo de Gaza, *Conf.* VI,77-78; 130-132.

74 Algo similar encontramos en un texto del *Comentario a los Proverbios* atribuido a Orígenes (PG 17,196D): “Los santos están unidos a Dios y unidos entre sí por medio de la *gnosis*”, pero que según Irenée Hausherr debe atribuirse a Evagrio Pónico (cf. art. “Contemplation” en *Dictionnaire de Spiritualité* II, Paris 1956, col. 1840). El texto más desarrollado se encuentra en el Pseudo Dionisio, a propósito de la unidad de todos los seres en Dios: “Todas las líneas

hacia el centro entra en una comunión íntima y profunda con quien está cerca y comparte su mismo camino. Pero quien se aleja, rechazando la comunión con Dios y con el prójimo, se cierra en el propio egoísmo. El alejamiento del centro, del amor, lleva a la disgregación del aislamiento, lejos de Dios y del prójimo.

Esta página sintetiza con una imagen simple y plástica la enseñanza y el camino espiritual de Doroteo: obediencia a la vida, mansedumbre, humildad, lucha contra la voluntad de autoafirmación y de poder sobre los otros, vigilancia de sí mismo y de toda forma de ascesis, que no son sino medios, en vista de aquella comunión de amor que llegará a su cumplimiento en el Reino, pero de la cual ya desde ahora estamos llamados a ser testigos. Todo pasa, lo único que permanece es el amor, lo que del amor hayamos sabido vivir en nuestras frágiles existencias humanas. Como escribe el apóstol Pablo: *“El amor no pasará jamás, las profecías desaparecerán, el don de lenguas acabará, la ciencia se extinguirá [...] Ahora quedan estas tres cosas: la fe, la esperanza y el amor. Pero la más grande de todas es el amor”* (1 Co 13,8. 13).

*Monastero di Bosé, frazione Bosé, 6  
13887 Magnano (BI). Italia*

---

del círculo existen juntamente con el centro por una sola unión y el punto tiene todas las líneas rectas uniformemente unidas entre sí [...]. En el mismo centro se hallan absolutamente unidas, de modo que cuando se separan poco de este, también distan más entre sí. Por decirlo de una vez: cuanto más cercanas estén del centro, tanto más unidas estarán entre sí; y cuanto más disten del centro, tanto más distarán entre sí” (*Los nombres divinos*, V,6; PG 3,821A) [Trad. en: *Las obras completas del Pseudo Dionisio Areopagita*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1995, 327 (BAC 511) N.d.T].